

Salvación

Antes de que podamos tener la salvación, debemos darnos cuenta de la necesidad de ella. Tenemos que reconocer y aceptar el hecho de que diariamente no alcanzamos lo que Dios quiere para nuestras vidas. Hasta que lleguemos a ese punto, racionalizamos nuestras vidas. “Soy una buena persona, trato de hacer lo correcto. ¡Hay otros mucho peores que yo y van a la iglesia todo el tiempo!” No podemos simplemente comparar nuestras vidas con las vidas de otros seres humanos. Todos pecamos de manera diferente. Sin embargo, sabemos que un pecado es un pecado es un pecado. Si no controlamos nuestro pecado, nuestro pecado puede endurecer nuestro corazón porque nos alejamos de la voluntad de Dios.

Si nos fijamos en la gente de la época de Isaías, se comportaban tan mal que sus corazones se endurecieron. El pecado no fue gran cosa. Así eran las cosas. La gente reaccionaba como si sus acciones fueran sólo producto de su tiempo. (¿Le suena familiar?) Isaías 6:10 dice:

“Entristece el corazón de este pueblo,
Y sus oídos pesados,
Y cerraron los ojos;
Para que no vean con sus ojos,
Y escuchar con sus oídos,
Y entender con el corazón,
Y vuélvete y serás sanado”.

Cuanto más rechazaba el pueblo el mensaje de Isaías, más duro se volvía su corazón. No dejes que tu corazón se aleje de Dios. Persíguelo. SIGUELO. Entiende que lo necesitamos. ¡Él es el único que puede salvarnos de nosotros mismos!

Luego, cuando decidimos que necesitamos a Jesús y que estamos dispuestos a seguirlo, debemos saber que somos redimidos. Ya no somos lo que alguna vez fuimos. Tenemos que dejar ir lo viejo y centrarnos en lo nuevo. Necesitamos concentrarnos en vivir una vida que sea representativa del estilo de vida de Jesús. El mundo intentará recordarte quién y qué eras, pero debes mantenerte firme en el conocimiento de que Jesús pagó por esos pecados. 1 Corintios 9:11 dice: “Estos eran algunos de vosotros. Pero fuisteis lavados, pero fuisteis santificados, pero fuisteis justificados en el nombre

del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios". ERES esa persona mayor, pero ya no lo eres. ¡¡¡Has sido lavado, santificado y justificado!!! ¡¡Aleluya!! ¡Deja que esas cadenas se caigan y vive la vida que debes llevar!

Por último, después de que te das cuenta de que eres un pecador y de que Jesús te ha redimido, debes estar agradecido y alabar Su nombre. ¡Comparte lo que Jesús ha hecho en tu vida! ¡Grítalo a cualquiera que quiera escuchar! No escondas la nueva luz. Compartirlo con otros no atenuará tu luz; de hecho, ¡la hará brillar más! Además, recuerda agradecer a Jesús por lo que ha hecho por ti. Gracias por darnos el Espíritu Santo para vivir dentro de nosotros. Gracias por dar Tu paz y libertad de lo que éramos!!!! Ser cristiano no es un camino fácil. Habrá tiempos difíciles y pruebas. Mantente cerca de Jesús y alábalo a través de las tormentas. ¡Él está para siempre contigo! ¡Él nunca te abandonará!